

## ¿Y PARA QUÉ PSICOANALISTAS EN TIEMPOS DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL?

Trilce / Buenos Aires, Institución del Psicoanálisis

Coloquio Convergencia, Paris 2025

¿y para qué poetas en tiempos de penuria?  
Pero ellos son, dices tú, como los sacerdotes sagrados del dios del vino,  
que iban de país en país en la noche santa.

El Argumento de este Coloquio menciona, en su título, el “malestar en nuestro tiempo” y, en su desarrollo, el “malestar actual”. El malestar es, siempre, actual; partimos de ese acuerdo. En lo que quizás tengamos puntos de vista diferentes es al definir cuál es el malestar en nuestro tiempo.

El malestar actual ha evolucionado, dice el argumento. Veamos. En 1894 de la Cárcova, notable pintor argentino, innova al presentar *Sin pan y sin trabajo*, una tela en la que se denuncia la pobreza imperante en el país, figurada por una pareja cuya mesa está vacía y mostrando tras una ventana las protestas obreras, las que en esa época encabezaba el anarquismo. En 1960 Carlos Alonso pintó una serie de cuadros en evocación y homenaje a de la Cárcova, titulando uno de ellos *Sin pan y con trabajo*. Las condiciones sociales habían cambiado, las nuevas políticas económicas habían conducido a que tener trabajo no asegurara llevar el pan a la mesa. El artista interpreta el malestar de la época cambiando apenas una palabra. Hizo una tarea poética.

¿Y en nuestro tiempo? Cómo definir el malestar de nuestro tiempo? ¿Y cuál la penuria? El argumento nos habla de una evolución, y nuestro punto de partida para comenzar a situar la penuria anida en los tiempos de Hölderlin, por eso nuestro título lo evoca.

Cuando se vive en la noche de la huida de los dioses, el poeta prefiere dormir, puesto que no sabe qué cantar. ¿Qué podría cantar el poeta del poeta, Hölderlin, si ya no hay más rayos de los dioses para capturar? Asoma el recuerdo

de una ocurrencia: cuando el pueblo está desorientado el filósofo no sabe qué pensar. Entonces Hölderlin, en su elegía Pan y Vino, ante el retiro de los dioses se pregunta ¿y para qué poetas en tiempos de penuria?

La frase recorrió el meridiano de los tiempos gracias a la pluma de Heidegger quien, sin embargo, le hizo decir a Hölderlin exactamente lo contrario que el poeta había denunciado. No se lo puede acusar por ello, puesto que, cuando citamos, procuramos hacerle decir a la cita algo diferente de lo ya enunciado. Pero, lo sabemos: una política seria de la cita requiere una posición ética también seria, la de presentar al menos las dos versiones: la cita en tanto que tal, contextualizada, y la lectura por la cual la fuerza a decir lo contrario. Es más necesario aún cuando se sustrae la cita del contexto, cuando se la fragmenta. Heidegger no honra esta política, sino que, aunque el poeta escribiera otra cosa y, aunque lo mismo no sea lo igual, Heidegger afirma que Hölderlin dice lo mismo que él piensa. Claro que el muerto no puede defenderse, lo sabemos. No puede reclamar cómo la cita fue tergiversada. Eso no lo hacen los muertos, sino los vivos. Eso hizo Lacan con las tergiversaciones de los textos de Freud. Ocurre a menudo, cuando leemos, que nos vemos conminados a recurrir al original para entender una cita. Para eso, claro, hay que leer. ¿Cómo se lee hoy? ¿Se lee, hoy?

Heidegger dice que el poeta debe cantar siguiendo la huella que han dejado los dioses. Hölderlin lamenta que ya no queden huellas de los dioses antiguos. Hölderlin dice que no todo lo pueden los celestiales, que el hombre debe volverse hacia su tierra, y que nunca está más sereno que cuando el Dios se ha ausentado – la muerte de Cristo-. Heidegger lee que, como los celestiales no todo lo pueden, el hombre debe preparar la morada para el regreso de los dioses -los griegos-. No hay neutralidad en la lectura, nos topamos con eso todo el tiempo. Nuestra práctica nos lo advierte. Es uno de los nombres de la castración, de lo real de la lengua.

Sin embargo, Heidegger resulta luminoso al señalar que en los tiempos de penuria el mundo se ha vuelto tan pobre que ni siquiera puede sentir la falta del dios como una falta. Lacan se regodearía leyendo en Heidegger que falta la falta. Pero no es eso lo que dijo el filósofo. Dijo que la ausencia de los dioses hunde a los hombres en un abismo, siendo el abismo lo que no tiene fundamento,

y en eso radica la penuria: no tener suelo donde fundarse. La penuria adormece la sensibilidad: por eso no se siente la falta como una falta. La penuria succiona sensibilidad, invita a dormir, hace callar al poeta.

La penuria de nuestro tiempo resulta de la ausencia de la lectura. Es nuestra propuesta. La ausencia abismal de lectura connota la penuria de nuestro tiempo.

Son pocos los que leen, hoy.

Un paciente, en entrevistas, confiesa haber aprobado un examen escrito que no fue redactado por su pluma ni por su teclado, sino por obra de la inteligencia artificial. Pero esa confesión no lo llevó a preguntarse qué pasaba con su propia inteligencia, a enfrentarse con un fantasma de impotencia, o de impostura. En cambio, la confesión lo impulsó a abandonar sus estudios, a seguir cursos sobre inteligencia artificial. Efecto de un rechazo de la lectura, y, por qué no, de una sensibilidad adormecida. ¿Acaso la sensibilidad de nuestra época no está, también, adormecida?

Hacen falta poetas. Hacen falta lectores.

La inteligencia artificial se localiza, así lo entendemos, en el mismo lugar que la penuria, por la falta de lectura. Por eso nuestro título. Si la penuria fue para el poeta un signo del retiro de los dioses, ¿de qué retiro sería signo esta nueva era marcada por la inteligencia artificial? ¿Signo del retiro de la inteligencia natural, si es que eso existe? Y si así fuera, en cuanto a nuestra práctica, ¿en qué estaríamos preocupados?

¿El analista debe ser inteligente? Digo el analista. No digo los analistas ni un analista, sino el analista, entendido como aquel que ocupa el lugar de variable en una función. Pero, entre nosotros, ¿Qué quiere decir inteligencia?

La inteligencia del analista no radica sino en su acto, que es el de la lectura, la lectura en la escucha. Nuestra lectura es una lectura intersticial, leemos en los intersticios, leemos entre líneas, leemos entre, leemos el entre. Esa es la más precisa interpretación de *inter legere*, leer entre. Esa es nuestra dimensión de lectura. Ese entre navega entre inconsciente y preconsciente, entre intensión y extensión, entre afirmación y negación, entre un texto y otro. Y por

ese modo de leer, como resultado, se configura lo que Lacan llamó lalengua, una lengua que no es la de origen ni la de llegada, ni la del analizante ni la del analista, es una neolengua única para cada transferencia, para cada análisis. Es una lengua entre.

Lalengua es un término de nuestro vocabulario, pero no forma parte de ningún diccionario. No podría ser un término de diccionario porque no admite definición ni traducción. Es uno de los nuevos intraducibles de la cultura.

La inteligencia artificial, al menos hasta ahora, recopila datos como signos. Desestima los equívocos, los trata como ruido, como interferencia para la comprensión. ¿Llegará el momento en el que la inteligencia artificial produzca verdadera poesía? Poesía, no juegos de palabras ni palabras bonitas armónicamente ensambladas. No lo creemos. La inteligencia artificial trabaja con lenguajes, no practica lalengua, no tiene cuerpo.

No corremos riesgos los analistas, por ahora: nuestra tarea no está en peligro puesto que nuestro oficio, que se reinventa caso por caso, no opera por acumulación de datos ni por algoritmos de decisión. En el sentido en que lo entendemos, la inteligencia artificial no lee. A lo sumo procesa y compara lecturas hechas. Lee líneas de consensos, no lee entrelíneas. Puede localizar lo que aún no ha sido dicho, pero no hace de ello una falta fundacional, sino que busca el dato faltante para rellenarla.

¿Podemos, pues, quedarnos tranquilos? No! Porque la caída brutal del valor accionario de la práctica de leer impacta brutalmente en el tiempo en que vivimos y en los analizantes que vinieron al mundo bajo el imperio de esta nueva penuria.

A los analistas nos cabe una responsabilidad en relación con este abismo. Nos cabe transmitir un modo de leer, nos cabe fundar efectos de lectura. Enseñar a leer, decía Lacan, enseñarle al sujeto el inconsciente a leer. Pero no leer de cualquier manera, sino leer poéticamente. ¿Qué entender por ello, acaso hablar en verso, convertir la intervención analítica en un poetizar?

No. La poesía misma es la que lee. La poesía es ya una lectura y un pensamiento a descifrar. Lo que el poeta entrega en un poema no es sólo una

escritura, es un modo de intervenir la lengua. El poema es, ya, una interpretación. Se trata de leer la palabra inconsciente, que también es una intervención en la lengua, como se lee poesía.

Quizás debiéramos, así lo sugiere el poema, hacer como aquellos sacerdotes del dios del vino, los poetas: llevar el rastro perdido de la lectura, de tierra en tierra, por la noche brutal de nuestra era.